

FOLLETO
CAC 1974
e. 3

EL
ESTANDARTE DE PIZARRO

DE LA COLECCIÓN DE

LEYENDAS HISTÓRICAS DE VENEZUELA

POR

ARISTIDES ROJAS



CARACAS

IMPRENTA DE LA PATRIA

1892



For Eley



Jose M. Rugil

Allá, al Norte de la altiplanicie que guarda el más elevado lago de la tierra, el Titicaca, y al pie de la masa de rocas donde los Andes de Bolivia unen sus ramales para formar el gigantesco nudo de Cuzco, está sentada, cual reina de las montañas, la ciudad sagrada de los Incas, la Roma del Nuevo Mundo, Cuzco la gentil. Cuanto puede haber de grande y de sorprendente en la historia primitiva de América: palacios y templos de oro, calzadas y fortalezas ciclópeas, ídolos y objetos diversos fabricados con el rico metal por mano esclava, todo ha sido destruido por la labor de los siglos. Tras el huracán de la codicia vino la muerte y no quedó de lo pasado sino ruinas informes, campos y ciudades desoladas, en medio de una naturaleza fecunda, riente y espontánea, cuna y sepulcro de dos generaciones imponentes que desaparecieron en la noche del tiempo. Extinguiéronse ambas, pero dejaron las medallas de sus fabulosas creaciones: la una, sus ruinas augustas, trabajo de titanes, cuando los ciclópes del Nuevo Mundo llevaron sobre sus hombros las pesadas rocas que sirvieron para la construcción de la Meca de los Andes; la otra, sus ciudades modernas, su civilización de tres siglos, sus pendones gloriosos, símbolo de la hispana grandeza, cuando no satisfecha de llenar el Viejo Mundo con el ruido de su nombre, conquistó la mitad del planeta para clavar sobre las nevadas cimas de los Andes, y en los pueblos más elevados de la tierra el estandarte glorioso de Castilla. (*)

* Gratas y muy gratas impresiones nos ha proporcionado la lectura de la interesante noticia histórica, referente al estandarte de Pizarro que conserva el Concejo Municipal de Caracas, publicada en el número 5 de *El Cojo Ilustrado*, suscrita por un escritor que vela su nombre bajo el seudónimo de Rugil. Al leer los documentos que en ella figuran y al contemplar los grabados que la ilustran, nos hemos trasportado á la fiesta cívica efectuada en obsequio del Libertador en 1872, y en la cual llevamos, en unión de otros compañeros de la Junta Directiva de aquel festival, el estandarte de Pizarro. Pero recuerdos de otro género despierta en nosotros este escrito: el de la colaboración de nuestro distinguido amigo el señor Don Francisco Davegno, que nos acompañó á estudiar el famoso estandarte de Pizarro, desde el punto de vista histórico y artístico. A entrambos nos interesaba el estudio y creemos haber contribuido con nuestros esfuerzos

¡Cuántos recuerdos de sublime barbarie, de nobleza augusta y de perfidia insana despierta el nombre de esa ciudad bañada por las nieblas de los Andes, que parecen servirle á un mismo tiempo, de velo nupcial y de mortaja! En aquellas comarcas se representaron los más interesantes episodios de la conquista de América: torneos singulares, batallas fabulosas, proezas de valor y de abnegación, ruindades sin término, codicia insaciable, y también virtudes y sacrificios sublimes, cuando las selvas recibieron por la primera vez la visita de aquellos misioneros cristianos que regaron con su sangre las indias praderas y mezclaron sus cánticos religiosos al concierto de las selvas primitivas!

Una tarde, noviembre 15 de 1533, cuando reflejaba el sol sus últimos destellos sobre el gran templo de oro, santuario de los Incas erigido al astro del día, los moradores de la ciudad percibieron en lontananza un ejército de hombres montados sobre animales para ellos desconocidos, y el cual avanzaba con estandarte de grana que tenían bordadas las armas del noble monarca de España y de Alemania. Atóvitos quedaron los Indios, y llenos de superstición y de espanto, aguardaron la luz del nuevo día, para recibir á aquellos hombres-dioses descendidos del cielo, que acababan de inmolar cobardemente al Inca Atahualpa. Ábrense las puertas y Pizarro, al concierto de sus clarines y en presencia de la muchedumbre indígena, entra en la ciudad que hacía dos siglos había fundado Manco-Capac, el augusto jefe de la monarquía peruana.

¿Quiénes eran aquellos hombres, dueños ya de la

al conocimiento de tan valiosa prenda de la conquista castellana. Nos obsequió el artista con un dibujo colorido semejante al que acaba de ver la luz pública, y nosotros le corrimos spondimos con el estudio que en las columnas de *La Opinión Nacional* de aquel entonces, insertamos titulado EL ESTANDARTE DE PIZARRO, reproducido más tarde en nuestro volumen UN LIBRO EN PRISA.

Al lanzar al público la segunda edición de nuestro trabajo, ilustrado con cuantas noticias hemos podido adquirir de escritores sudamericanos en el espacio de veinte años, agradecemos á nuestro compañero y amigo el habernos proporcionado departir de nuevo y por la última vez sobre tan simpático tema.

Ahora, y para concluir estas líneas, sólo nos falta revelar á ruegos lectores que Rugil es Don Francisco Davegno, ciudadano italiano, espíritu tan ilustrado como recto, tan benévolo como progresista. Si en la colonia italiana de Venezuela que le aprecia él representa uno de los constantes obreros del progreso moderno, nosotros, como venezolanos, mimos nuestro aplauso á los que le tributa *El Cojo Ilustrado* y le saludamos como á uno de nuestros más distinguidos huéspedes. Ojalá quiera él continuar en la labor histórica que ha comenzado en las columnas de dicha revista.

tierra americana y explotadores insaciables de la riqueza indígena? Eran los heraldos de la nueva civilización que debía destruir la antigua: era la España de los Reyes católicos y de Carlos V, la enviada de Dios que venía á derribar los ídolos del gentilismo americano para plantar al pie de la cruz, las bases de futuras generaciones.

A la presencia de aquellos hombres desaparecen cabañas, palacios y templos. La codicia del oro, sed de la época, es el móvil de todas las acciones, y en nombre de la cruz y de la espada se ejecutan hechos heroicos y crímenes inauditos. Al choque de ambas civilizaciones tiemblan las montañas, tiñense de sangre ríos y praderas, y la naturaleza y el hombre, en lucha descomunal con el infeliz indígena, le ahogan al fin, á la manera de la boa que quebranta su víctima escondida entre los poderosos anillos de su cuerpo.

Sucumben en el cadalso y en la hoguera, en las campiñas y en los templos: cada risco es un campo de batalla, cada valle un osario, cada ciudad un baluarte. Desaparecen ciudadanos y soldados, caciques é Incas, cabañas y aldeas y la nueva civilización, enseñoreándose sobre charcas de sangre y de cenizas, levanta los cimientos de las actuales ciudades. . . . ¡Horrible carnicería en la cual debían seguir á Huáscar y á Atahualpa, Almagro y los Pizarros; la anarquía de los unos y de los otros, origen de la muerte de todos los actores de aquel drama de sangre y de gloria!

La actual ciudad de Cuzco no tiene hoy de sus pasadas glorias indígenas sino restos mutilados, mientras que templos y edificios del siglo décimoquinto se levantan sobre el antiguo santuario del Sol y sobre el recinto de las Vestales andinas. Pero aquella civilización que había vencido en nombre del progreso, que legítima poseedora se conservaba al través del tiempo, sin que poder humano la estorbara, debía también desaparecer en nombre del progreso, el día en que fanática, supersticiosa, limitada en sus ideas y detenida por los errores de la época, cerrara sus oídos y lidiara cuerpo á cuerpo no con el inerme indígena, sino con nuevos conquistadores que debían representar en la historia del Continente el segundo acto del drama americano.

¿ Quiénes fueron los nuevos conquistadores del Perú? —
¿ Fueron acaso extranjeros venidos de allende los mares en solicitud de aventuras y de riquezas? No, eran los hijos de la España americana, los herederos de sus glorias, de su constancia, de su valor, de sus crímenes y virtudes,

listos ya á emanciparse, como heraldos de una nueva idea que debía cambiar los destinos del Nuevo Mundo.

En todos los países de Hispano-América la revolución principió en una misma época, 1810. Cuando Colombia era ya independiente en 1821, el Perú se encontraba anarquizado y la revolución podía considerarse como perdida; pero la presencia de las legiones victoriosas de Colombia á las órdenes de Bolívar reanimó los espíritus, moralizó la guerra, y no tardó en alcanzar el triunfo final. En 6 de agosto de 1824, triunfa Bolívar en Junín. En los primeros días de octubre, el virrey Laserna, el último de los virreyes del Perú, deja á Cuzco, la ciudad sagrada, para no volver á ella. El 9 de diciembre brilla el sol de Ayacucho y todo el ejército español con su virrey á la cabeza quedan prisioneros de guerra.

Coincidencia singular! En el mismo día en que sucumbía militarmente el último de los virreyes del Perú, recibía éste el título de Conde de los Andes, con que le distinguía el monarca de Castilla.

Cuando por los dispersos se supo en Cuzco el desastre de Ayacucho, en 16 de diciembre una junta de jefes en unión de la Audiencia reconocieron por virrey al Mariscal de campo Tristán, el jefe más antiguo que se encontraba en Arequipa. Pero ante el oleaje de las tropas victoriosas que se dirigían á la ciudad sagrada, Tristán, en comunicaciones con Bolívar y Sucre, aceptó la capitulación de Ayacucho, en tanto que el General Álvarez, resignado á la suerte de la guerra, abrió las puertas de Cuzco á las legiones libertadoras.

Las primeras avanzadas del ejército de Colombia y del Perú que penetraron en la ciudad sagrada fueron las tropas de Gamarra y de Miller, en 24 de diciembre de 1824. A poco debía entrar Sucre, el vencedor, de una manera incógnita; pero habiéndose apercibido la población vino á su encuentro y le condujo en triunfo en medio de aclamaciones de gratitud y de entusiasmo.

A los trescientos años de haber entrado Pizarro en la capital de los Incas, como adelantado del gran monarca Carlos V, entraba Sucre, el teniente amado del gran Bolívar, para rendir á la Providencia, en el templo del Sol, despojado ya de sus antiguas riquezas y convertido en templo cristiano, todo el homenaje de su reconocimiento. En esa ciudad sagrada fué donde el vencedor de Ayacucho encontró, entre las antiguas banderas de Castilla, el estandarte que llevaba Pizarro cuando entró por la primera vez en Cuzco en 1533.

El estandarte mutilado que figuró al lado de los objetos históricos que pertenecieron al Libertador, en la exhibición del 28 de octubre de 1872, y que fué conducido en la procesión cívica por la Comisión directiva de la fiesta, es uno de los recuerdos históricos más célebres que conserva Caracas. En ese estandarte está palpitante el recuerdo de tres generaciones, de tres épocas de gloria: lo pasado indígena, la conquista de América y la emancipación gloriosa de la familia americana. Tal recuerdo histórico nos relata los episodios de tres siglos llenos de grandezas y de miserias, de lealtad, de valor, de abnegación sublime, de pequenezes y de absurdos, pero también de ardor bélico y de orgullo patrio, que es para España como para sus descendientes sublime culto.

Edificios públicos, archivos, elementos de guerra, y banderas y estandartes antiguos, todo cuanto pertenecía al gobierno de la Colonia fué entregado en Cuzco al General Sucre.

El día de la célebre batalla de Ayacucho fué el 9 de diciembre, y al día siguiente el vencedor participa el triunfo al Libertador y continúa su paseo triunfal. El 12, 16, 18 y 20 vuelve á escribirle desde Huamanga; el 23 desde Andahuaylas; el 25 desde Abancay; el 30 desde Cuzco. Había llegado á la ciudad sagrada de los Incas que le recibió con júbilo y le presentó el estandarte de Pizarro que se conservaba en uno de los altares de la Catedral de la ciudad cristiana desde 1533. Juzgando el vencedor que ningún obsequio podía ser más digno de Bolívar que aquella joya histórica de la conquista castellana, á éste se la dedica, y en carta de 30 de diciembre le dice:

“Por fin escribo á usted del Cuzco el año 24, y le escribo después que ya no hay enemigos en el Perú. Se ha verificado la oferta que usted hizo á los pueblos de acabar la guerra en este año, y es una de mis satisfacciones más grandes.

“Le hago á usted el presente de la bandera que trajo Pizarro al Cuzco trescientos años pasados; son una porción de tiras desechas, pero tienen el mérito de ser las conquistadoras del Perú. Creo que será un trofeo apreciable para usted. No la mando ahora porque no se extravíe: la llevará el primer oficial de confianza que vaya.

.....
“A. J. DE SUCRE.” (*)

El 21 de febrero de 1825, Sucre, desde La Paz, vuelve

* O' LEARY—Correspondencia de Sucre.

á hablar á su jefe del estandarte de Pizarro y le dice: "Ahora remito á usted abiertos los oficios y documentos que van al gobierno de Colombia por duplicado: los principales van por Arequipa con un oficial que llevará las banderas que crecí al Vicepresidente. El General Lara tiene en su poder la bandera de Pizarro con la orden de ponerla en manos de usted al llegar á Arequipa, porque es mi deseo que al llegar usted á las primeras tropas colombianas se le presente este trofeo que honra á los hijos de usted. Se entiende la honra porque está libre el Perú." (*)

Nada más natural de parte de Sucre que comisionar á uno de los más distinguidos Generales de Colombia para que presentara al Libertador, delante de las primeras tropas vencedoras en Ayacucho, el obsequio que le había destinado. Este acto fué imponente al entrar Bolívar en la ciudad de Arequipa.

Pero el 23 de abril, desde Potosí, Sucre vuelve á hablar del envío de los pendones reales y le escribe á Bolívar diciéndole: "Elizalde va á Bogotá á felicitar de parte del ejército al Gobierno, cumpliendo la prevención que usted me hizo de mandar un jefe á dar cuenta y con el parte de la batalla de Ayacucho. Como no lo hice entonces reservé enviarlo al finalizar la campaña. Le mando detalles suficientes al Ministro; y al Vicepresidente le escribo largamente, y le remito los pendones reales de estas provincias que no siendo trofeos de poca monta, valen depositarlos en Bogotá." †

Al fin sale el oficial conductor de los pendones destinados al museo de Bogotá y de la bandera de Pizarro que estaba ya en Arequipa en manos del Libertador. Con fecha de 19 de abril en Potosí, Sucre dice al Secretario de la Guerra de Colombia lo siguiente:

"El señor Coronel-graduado Antonio Elizalde, Ayudante General y Diputado del Ejército para felicitar á S. E. el Vicepresidente, por el feliz término de la campaña de las tropas colombianas en el Perú que ha finalizado la guerra de la Independencia, tendrá el honor de presentar á S. E. el estandarte real de Castilla con que los españoles entraron en este rico país trescientos años pasados.

"Este trofeo que el ejército presenta á S. E. en

* Obra citada.

† Obra citada.

testimonio de respeto y de aprecio, recordará un día á los hijos de los Libertadores, que sus padres, penetrados de los deberes patrios y del sublime amor á la gloria, condujeron en triunfo las armas de Colombia á las frías y eminentes cimas del Potosí.

“También pondrá á los pies de S. E. los cuatro pendones españoles de las Provincias del Alto Perú que formaban la insignia de vasallaje y esclavitud de estos pueblos á los descendientes de Fernando VI, y que hoy han recobrado su libertad y sus derechos por el valor, constancia y heroísmo de las legiones de la República.

“A estos trofeos que el ejército tributa como resultados de sus trabajos al gobierno de su patria, añade el noble orgullo de asegurarle que han desaparecido los enemigos que oprimían la tierra de Manco-Capac, y que desde Ayauccho á Tupiza se han humillado veinte y cinco Generales españoles; mil cien Jefes y oficiales y diez y ocho mil soldados en el campo de batalla y en las Guarniciones; y retimido del poder de los tiranos un terreno de cuatrocientas leguas y dos millones de habitantes, que bendicen á Colombia por los bienes de la paz, de la libertad y de la victoria con que los ha favorecido.” (*)

Este oficio fué acompañado de otro dirigido por Sucre, desde Cuzco al General Santander, Vicepresidente de Colombia, y del cual publica Yanes el siguiente extracto :

“Tengo la honra de enviar á S. E. el Vicepresidente en nombre del ejército cinco banderas de los más veteranos regimientos españoles que esclavizaron al Perú por catorce años de triunfos : ellas son las señales de obediencia y estimación que el ejército le ofrece y que ruega se digne aceptar. EL ESTANDARTE CON QUE PIZARRO ENTRÓ TRESCIENTOS AÑOS PASADOS A ESTA ILUSTRE CAPITAL DE LOS INCAS LO REMITO Á S. E. EL LIBERTADOR COMO TROFEO QUE CORRESPONDE AL GUERRERO QUE MARCÓ AL EJÉRCITO COLOMBIANO EL CAMINO DE LA GLORIA Y EL DE LA LIBERTAD DEL PERÚ.” (†)

El General Soubllette, Ministro de la Guerra, al enviar á Caracas el estandarte de Pizarro, como un recuerdo que dedicaba el Libertador á su ciudad natal, quiso agregar á la dádiva histórica la sanción del Gobierno de Colom-

* Obra citada.

† YANES.—Colección de Documentos etc , Vol. IV.

bia, y dirigió á la Municipalidad de Caracas el siguiente oficio :

“Tengo la honra de ser el órgano del Gobierno para presentar á esa Municipalidad el estandarte real de Castilla que el ejército colombiano ha abatido en el Perú bajo la dirección de S. E. el Libertador Presidente. La ciudad de Caracas, cuna del Libertador y baluarte inexpugnable de la libertad, tiene derecho á conservar en su seno la insignia de los ultrajes cometidos por el Gobierno español en la tierra de los Incas, que al cabo de tres centurias ha sido conquistada por el insigne americano que Caracas produjo para la felicidad de los hombres. Créese el Ejecutivo que esa Municipalidad apreciará la posesión de un monumento tan respetable que envidiarían otros pueblos; y espera que en este paso reciba el pueblo caraqueño una nueva prueba del aprecio y consideración que merece al Poder Ejecutivo. Yo tengo la satisfacción de participar de las dulces emociones que debe sentir ese pueblo y de protestar á usted los sentimientos de mi consideración.—Dios etc.—Palacio de Gobierno en Bogotá y 9 de enero de 1826.—16°

“CARLOS SOUBLETE” (*)

El Presidente del Concejo Municipal de Caracas, con fecha de 20 de febrero de 1826, contestó el expresivo oficio del General Soublete con el siguiente :

“La I. Municipalidad que presdo ha visto con singular aprecio el presente que el Gobierno se ha dignado hacerle por mano de US., del estandarte real de Castilla, abatido en el Perú por el ejército colombiano, bajo la dirección del Excmo. Señor Libertador Presidente. Ella se ha congratulado con el pueblo que representa por la posesión de este doble monumento de la tiranía de los españoles y de la nueva gloria del Libertador en el antiguo imperio de los Incas; y me ha honrado con el encargo de testificar al mismo Gobierno por medio de US. sus sentimientos de gratitud, y su voto de solemnizar con esta insignia el próximo aniversario de nuestro venturoso 19. de Abril.

“Aprecia igualmente el I. C. municipal las particulares insinuaciones de US. contenidas en su comunicación de 9 de enero próximo pasado, y así me manda manifestárselo.—Dios guarde á US.

“DOMINGO N. SPÍNOLA.” †)

* Obra citada Vol. V.

† Obra citada.

Como se ve, el Concejo recibió el estandarte de Pizarro el 20 de febrero de 1826, y en sesión del mismo día, al contestar el oficio en que se le presentaba una dádiva tan llena de recuerdos gloriosos, decretó que fuese exhibida al público de Caracas en el próximo aniversario del 19 de Abril. Así sucedió en efecto, y desde entonces estuvo guardado hasta el 5 de julio de 1841 en que por segunda vez fué conducido en procesión en la solemne fiesta cívica de ese día.

Para describir el estandarte de Pizarro tal cual está hoy, debemos remontarnos á los pasados días en que intacto se conservaba en Cuzco, para poder apreciar de esta manera su estado actual, después de haber sido destruido, en parte, por el tiempo y por los hombres.

Lo que generalmente llaman bandera de Pizarro no es propiamente hablando, sino un estandarte ó gonfalon como los que se usaron en los siglos XV y XVI. En los días de la República florentina éstos fueron conducidos, en las grandes fiestas, por el Presidente de la República ó alguna alta dignidad: de aquí el nombre de gonfaloneros que se dió á los que llevaban esta insignia. Más tarde, el uso de los gonfalones quedó legado á los templos cristianos y á las fiestas religiosas, aunque desde las primeras épocas del cristianismo habían sido enarbolados en los templos, en toda ocasión en que fué necesario levantar tropas y convocar los vasallos para la defensa de los templos y bienes eclesiásticos.

El primitivo campo del gonfalon de Pizarro fué de rico damasco color de grana, del cual no quedan sino pequeños fragmentos. Dos grandes cuadros formados de arabescos del siglo XV, cada uno de ciento veinte y siete centímetros de altura por ciento quince de ancho, ambos de raso amarillo y blanco retocados de azul y con bordados de hilo de oro, sobresalían en cada una de las caras. Uno de estos arabescos se conserva, casi en su totalidad, mientras que del otro sólo existen algunos retazos. En el centro de uno de los arabescos, había un círculo de ochenta centímetros de diámetro, en el cual estaban bordadas las armas de Carlos V, en aquella fecha, 1533, á saber: el escudo de Castilla, (dos leones, dos castillos y la diadema imperial), rematado por dos cabezas de águila que llevaban sendas coronillas. Del escudo sólo se conservan hoy los dos leones y uno de los castillos. Las dos cabezas de águila existen, pero la coronilla que tenía la de la izquierda ha desaparecido. Si hubo columnas á

los lados del escudo, ó algunos de los cordones que figuraron más tarde en las armas de Carlos V, nada se encuentra actualmente: el examen revela que el escudo es sencillo, comparado con el que más tarde llevó el gran monarca. (*)

Cuando llegó á Caracas el gonfalon no tenía completa sino una de las caras, la del escudo, estando la otra forrada de raso blanco muy deteriorado. Faltaban ya para esta fecha, 1826, uno de los castillos, la coronilla de una de las cabezas de águila y algunos pequeños fragmentos. Esto motivó que el Concejo mandase á ponerle un campo nuevo de damasco encarnado, sobre el cual quedasen fijos los dos arabescos.—Así permaneció guardada esta reliquia histórica durante muchos años, hasta que se resolvió colocarla en un cuadro, para evitar de esta manera el justo deseo de los extranjeros y nacionales, que al contemplarla, quería cada uno poseer un recuerdo de ella.

No sabemos si cuando se arregló el gonfalon de Pizarro para guardarlo en el cuadro que lo contiene actualmente, se descubrió alguna pintura; pero es lo cierto que cuando lo sacamos para el festival de 1872, tropezamos con la porción mas interesante que exornó el célebre estandarte. Nos referimos al guerrero, obra de pintura y de bordado que figuro en tiempo de Pizarro en una de las caras del gonfalon, en el centro de uno de los arabescos, y la cual apareció como escondida y fijada en la parte posterior del escudo real

Esta pintura de ochenta centímetros de diámetro representa un guerrero montado en un hermoso caballo blanco, enjaezado con ricos arneses, que corre al galope. El caballero ostenta en la cabeza un casco coronado de plumas, flota su manto al capricho del viento, una cruz roja, la de Santiago, sobresale en la cota que cubre su pecho, y lleva en la diestra una espada, de la cual no queda sino la empuñadura. El campo representa dilatada llanura en la cual sobresalen arbustos y plantas, cascos y objetos de guerra. (†)

* Véase la segunda página de este folleto.

† Debemos á la bondad de la empresa de *El Cojo Ilustrado*, los dos grabados que figuran en estas páginas, los cuales han salido en las columnas de aquella Revista.—Reciban los Directores de dicha empresa nuestro agradecimiento.



Aunque el tiempo ha desflecado la seda, en algunos lugares del dibujo el conjunto no ha perdido nada de su mérito. Se conoce al examinar esta obra tan antigua, que un artista delineó y pintó sobre raso blanco todo el paisaje y que continuó después la labor, la cual acabó de dar realce y perspectiva á un dibujo que iba á ser colocado en el centro de un estandarte.

El descubrimiento de esta parte del gonfalon ³⁰⁷ de Pizarro da á esta reliquia un valor histórico descollante y nos revela cuál debió ser el mérito del artista que la ejecutó, cuando después de tres siglos de haber estado bajo las influencias del clima americano se conserva aún en casi todos sus pormenores.

Puede, por lo tanto, asegurarse que en el recuerdo de Pizarro que posee Caracas existen dos épocas: la una del siglo XV, representada por los dos arabescos, el escudo de armas de Castilla y el guerrero; la otra moderna, representada por el damasco color de laere que sirve actualmente de campo á la obra primitiva; y debe causarnos admiración, que una obra que principió á ser mutilada desde tiempos muy remotos, y fné sacada del Cuzco, después de permanecer en esta ciudad durante

tres siglos, pueda encontrarse hoy en un estado tan satisfactorio, cuando es un hecho que las banderas de Gonzalo Pizarro, colocadas sobre la tumba del Presidente Gasca en Valladolid en 1567, como trofeo de la brillante expedición de éste al Perú, se han convertido en polvo.

Nuestro distinguido amigo el aplaudido académico peruano, Don Ricardo Palma, tan acucioso en todo aquello que se conexas con la historia de su patria, al abrir la cuarta serie de sus inimitables TRADICIONES resuelve tres cuestiones referentes al conquistador Pizarro. Una de ellas versa sobre la descripción y existencia del gonfalón de guerra que trajo el conquistador al Perú. “Después del suplicio de Atahualpa—nos dice el historiador—se encaminó al Cuzco Don Francisco Pizarro, y creemos que fué el 16 de noviembre de 1533 cuando verificó su entrada triunfal en la angusta capital de los Incas.

“El estandarte que en esa ocasión llevaba su alférez Jerónimo de Aliaga, era de la forma que algunos llaman gonfalón. En una de sus caras de damasco color grana, estaban bordadas las armas de Carlos V. y en la opuesta, que era de damasco amarillo, se veía pintado el apóstol Santiago, en actitud de combate, sobre un caballo blanco, con escudo, coraza y casco de plumeros ó airones, luciendo una cruz roja en el pecho y una espada en la mano derecha.” (*)

Esta descripción concuerda con la que dejamos antes consignada en las precedentes páginas de este estudio.

“Cuando Pizarro salió del Cuzco para pasar el Valle de Jauja y fundar luego la ciudad de Lima—agrega Palma—no lo hizo en són de guerra, y dejó depositada la bandera ó gonfalón en el templo del Sol, convertido ya en Catedral cristiana. Durante las luchas civiles de los conquistadores, ni almagristas, ni gonzalistas, ni gironistas, ni realistas se atrevieron á llevarlo á los combates, y permaneció como objeto sagrado en un altar.”

Si nos detenemos en estos pormenores es porque tendremos que citarlos, al concluir este estudio.

¿A quién representa el guerrero que está pintado en el estandarte de Pizarro? ¿Será la imagen del apóstol Santiago, inseparable compañero de los ejércitos españoles, ó alguna ficción artística de lujoso adorno?

Cuenta Herrera en sus *Décadas*, que en una de tantas carnicerías cometidas entre Aztecas y Españoles en los días

* PALMA.—Tradiciones.

de Hernán Cortés, los Indios aseguraron que quien los habia derrotado era un caballero muy grande, vestido de blanco y montado en un caballo blanco, el cual acometía con espada en mano y sin ser herido, mientras su caballo, con boca, pies y manos hacia tanto mal como el caballero con su espada. A los que contestaban los castellanos, que ese caballero era el apóstol de Jesucristo, Santiago, á quien ellos llamaban en sus batallas encontrándole siempre favorable.

Y refiere Garcilaso que cuando el príncipe Manco-Inca acometió á las tropas de Pizarro, después de tomado el Cuzco, los españoles ya exánimes, caballeros y caballos, estaban próximos á ser aniquilados por las huestes numerosas del Inca, cuando apareció delante de los españoles y visible para ambos ejércitos, el apóstol Santiago montado en un caballo blanco, embrazada una adarga y en ella su divisa de la orden militar. Llevaba una espada que parecía relámpago y al blandirla, los indios se espantaban y decían :— “¿Quién es aquel Viracocha que tiene en la mano la *yllapa*, que significa relámpago, trueno y rayo?” Donde quiera que el santo acometía, huían los infieles y al fin la batalla quedó por las armas de Castilla.

El mismo apóstol aparece á los españoles cuando encerrados entre las murallas de Cuzco se ven de improviso amenazados por las bolas encendidas que lanzan los Indios sobre los edificios de la ciudad sagrada; y en la conquista de Cundinamarca, en los valles de Popayán y Cali, cuando Francisco César se ve acometido por un ejército de Indios que ahoga por todas partes su grupo de espartanos, apela al apóstol y éste se presenta en su caballo blanco é infunde al instante el desorden y la muerte en las filas contrarias.

Todas estas supersticiones, y el mismo grito de guerra, “Santiago,” de que se valían los españoles para electrizar sus ejércitos, tienen su explicación. La historia nos refiere que una vez, cuando el rey Don Ramiro I, en 843 combatía contra el rey moro Abderramán, en los campos de Albelda, sorprendió á ambos ejércitos la noche, quedando casi destruido el monarca castellano. Pero habiéndose Don Ramiro amparado bajo la vecina montaña de Clavijo, el apóstol Santiago que velaba mientras que todos dormían, mándale volver sobre las armas dándole por segura la victoria. “No necesitó el rey para esforzar su gente de más exhortación que la sencilla narración de este suceso; y todos se esfuerzan con superior aliento, y dan por suya la tierra; teniendo por sí al Cielo. Suena en

lugar de las cajas, el clarín del invencible nombre de Santiago: pónese al frente de su ejército el invocado apóstol, véenle los españoles de su parte en un caballo blanco, la espada en una mano, el estandarte en la otra, con una cruz encarnada en campo blanco y la rienda suelta contra el bárbaro. Poderosos con la palabra de *Santiago y á ellos*, y en la obra de sus brazos, hecho el *hijo del trueno* rayo contra la Media Luna, degollaron setenta mil Moros en aquel día y tomaron á Albelda, á Clavijo y á Calahorra, quedando hasta el día de hoy monumentos del triunfo en aquel campo. Desde entonces resolvió el reino en cortes, que de los despojos militares se destinase una parte para el santo teniéndole presente, no sólo como á santo, sino también como á soldado.”

Mas, ¿cómo explicarnos ahora el origen de la superstición entre los Indios? Para que éstos hayan podido tener la alucinación que les producía tanto espanto, era necesario que hubieran visto de antemano la efigie del apóstol, pues de otra manera no podríamos darnos cuenta de semejante fenómeno. La pintura que hemos encontrado en el estandarte de Pizarro nos resuelve el enigma y nos revela que la idea del guerrero, montado en un caballo blanco, tuvo su origen en el lienzo conducido por las tropas de Pizarro. Es muy probable que en los gonfalones y estandartes de Cortés, y de alguno de los muchos conquistadores de América se hallase igualmente la efigie del apóstol, y que ésta, visible en medio de la pelea á los ojos de los Indios, contribuyera con la ayuda de los castellanos á producir de una manera completa la alucinación entre las turbas indígenas. El Inca Garcilaso testigo de todos estos incidentes, viene en nuestro apoyo. Cuenta este cronista que asistiendo niño á una fiesta de Corpus en Cuzco, pintaron sobre una de las paredes de un templo al apóstol Santiago montado en su caballo blanco, con la espada flameante en sus manos, y muchos cadáveres á sus pies, y que los indios al verle, exclamaron: “Un Viracocha como éste era el que nos destruía en esta plaza;” con lo que querian significar sin duda la imagen dibujada en el estandarte de Pizarro.

De manera que el estandarte que posee actualmente Caracas es el que llevó Pizarro al tomar á Cuzco, y la imagen del apóstol que tiene en una de sus caras, la misma que infundió entre los indios del Perú en 1533 el pavor y la muerte; y el haber llegado hasta nosotros, revela que no se halló en las guerras civiles que siguieron á la toma de Cuzco, y en las cuales cada vencedor se apoderó de las banderas y estandartes de su contrario.

Así debía suceder. Estaba escrito que el glorioso estandarte del primer conquistador de América fuera un trofeo histórico del primero entre los libertadores de América, y que de la Ciudad Sagrada de los antiguos Incas en que se había conservado durante tres siglos, pasase á la cuna de Bolívar, que sabrá conservarlo con el justo orgullo que inspiran las nobles proezas y los sangrientos sacrificios.

Cuando el estandarte de Pizarro llegó á Caracas, en 1826, los odios políticos contra España no habían todavía principiado á menguar; así fué que en la primera fiesta cívica que celebró la capital después del recibo de tan valiosa prenda, fué aquélla arrastrada por las calles de la ciudad, queriendo significarse así el odio contra nuestros antiguos mandatarios.

Diez y ocho años más tarde, 1842, cuando los restos mortales de Bolívar llegaron á su suelo natal, el estandarte de Pizarro fué colocado con veneración al pie del mausoleo que guardaba las cenizas del genio americano.

Treinta años después, 1872, el recuerdo histórico de la conquista castellana fué conducido al lado de la España oficial y privada, y cortejada por las banderas unidas de España y de Venezuela.

¡Cuántos contrastes! En la primera de estas épocas, todo fué hijo de la pasión; en la segunda, la gloria de lo pasado que rendía su homenaje á la gloria de lo presente; en la última, la reconciliación de la familia, los recuerdos históricos de todas las épocas, sintetizando un mismo origen glorioso, y el abrazo fraternal que ahoga todos los resentimientos y confunde todas las glorias.

El estandarte de Pizarro no es un trofeo de guerra; es un recuerdo de familia, es un orgullo de raza, es una época inmortal, es el simbolo de unión entre dos grandes pueblos de igual origen y de comunes glorias.

Después de haber departido acerca del recuerdo de la conquista castellana, del estandarte de Pizarro que regaló el vencedor en Ayacucho á Bolívar y éste á su ciudad natal, donde se conserva, es necesario ventilar un punto de crítica histórica que se conexiona con esta materia. Las crónicas y tradiciones sudamericanas nos hablan de varias banderas ó gonfalones bautizados hace setenta años con el nombre de estandartes de Pizarro: el que regaló el Concejo Municipal de Lima al General San Martín, el que regaló el General Sucre al Libertador, y los que reposan en el museo de Bogotá regala-

dos al Gobierno de Colombia por el vencedor en Ayacucho: ¿Cuál de estos estandartes es el verdadero de Pizarro? ¿Hubo muchos ó hubo uno? Si lo último, ¿dónde encontrar éste?—Tales son las cuestiones que vamos á dilucidar, en vista de los documentos que durante diez y ocho años hemos podido consultar, después que vió la luz pública nuestra leyenda intitulada: EL ESTANDARTE DE PIZARRO.

Nadie se ocupó desde remotos tiempos en desenterrar el estandarte de Pizarro, colocado desde 1533 en un altar de la Catedral de Cuzco, después que la tomó el conquistador del Perú. Allí dormía el sueño de Epiménides, respetado por los conquistadores, que no se atrevieron á tocarlo durante sus guerras intestinas, cuando llegó á la capital del Perú el General San Martín, libertador del Sud, en 1821. Pueblos indígenas y pueblos españoles, monumentos, riquezas, y estandartes y banderas representantes de pasadas grandezas, todo tenía que surgir ante los nuevos heraldos que por el Sud y por el Norte, convergían á la tierra del Sol, para apoderarse de ella y derrocar el gobierno español.

La primera ocasión en la cual se habla del *estandarte de Pizarro* es en la proclama de despedida de San Martín á los peruanos en 1822. En ella leemos: “Presencio la declaración de Independencia de los Estados de Chile y del Perú. Existe en mi poder el *estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas*, y he dejado de ser hombre público: he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.”

Al hablarnos un historiador enemigo de San Martín de cómo adquirió éste tan valiosa prenda dice: “No deja de ser un robo, aunque no de dinero, el que San Martín hizo pidiendo á la Municipalidad el estandarte de la conquista, que se conservaba allí, como una cosa digna de serlo por su importancia. Lo pidió pretestando que quería verlo, y luego que lo tuvo en su poder se lo apropió como si fuese un trofeo tomado al enemigo. Exigió entonces que la Municipalidad se lo obsequiase.....” (*)

Poniendo de lado las frases infamantes del historiador, tan válido era el regalo solicitado por el Protector, como si espontáneamente lo hubiera recibido de la Municipalidad. Por otra parte, la grandeza y servicios de San Martín á la patria peruana, le colocan sobre todas

* PRUVONENA.—Memorias y Documentos para la historia de la Independencia del Perú, etc. París, 1858. 2 vols. Obra atribuida á Riva Agüero.

estas miserias, hijas de los odios políticos. Dejemos á San Martín en posesión de un regalo que conservó hasta su muerte y legó á la República peruana.

A poco de la salida de San Martín para Europa, suena el cañón de Ayacucho y la bandera de Colombia tremola en las almenas de las antiguas y elevadas ciudades de los Incas. La América moderna sustitúa á la América añeja. Cuanto podríamos decir acerca del estandarte de Pizarro, encontrado en Cuzco y regalado por Sucre á Bolívar, queda consignado en las precedentes páginas.

Figuraban para este entonces dos estandartes bautizados con el nombre de Pizarro: el donado en 1821 al General San Martín por la Municipalidad de Lima, y el presentado al General Sucre por la Municipalidad de Cuzco en 1824. Pero al llegar á Bogotá los regalos que para el Libertador y el Gobierno de Colombia enviaba, á fines de 1825, el vencedor en Ayacucho, el grupo de banderas y de guiones fué comprendido bajo la denominación de *banderas de Pizarro*. Esto se colige de la lectura del siguiente soneto del notable patricio José Fernández Madrid, en obsequio de tan valiosas prendas históricas:

Estas son las banderas que algún día
En manos de Pizarro tremolaron,
Éstas en Cajamarca presenciaron
La más abominable alevosía:

Recuerdos de opresión y tiranía
Al Perú tres centurias insultaron,
Y los libertadores las hallaron
Tintas en pura sangre todavía.

¡ Monumentos de un déspota insolente,
Banderas de Pizarro ensangrentadas,
Que rindió ante Bolívar la victoria

A los pies de Colombia independiente,
Para siempre abatidas y humilladas
Oprobio del Perú, seréis su gloria! (*)

El poeta sintetiza así, el grupo de guiones, banderas y pendones que había exhibido el Gobierno de Colombia, con el estandarte de Pizarro, que salió para Caracas en febrero de 1826.

En esto llega el año de 1844, fecha de la muerte del General San Martín en Francia. En una cláusula adicional á su testamento hecho en París, á 23 de enero de 1844, se lee: "Es mi voluntad que el Estandarte que

el bravo español Don Francisco Pizarro tremoló en la conquista del Perú, sea devuelto á esta República." La prenda fué á poco entregada al Gobierno del General Pezet en Lima, por el Doctor Galves, representante de la República en Francia. (*) Este legado revela que San Martín murió en la opinión de que el estandarte que había poseído era en verdad el del Conquistador Pizarro.

Hemos ya descrito el *Estandarte de Pizarro* que está en la Municipalidad de Caracas y nuestra descripción concuerda con la emitida por el historiador Palma en la serie cuarta de sus *Tradiciones*. Ahora, es un hecho que entre los objetos diversos que envió el General Sucre al Gobierno de Bogotá, figuraban, entre guiones pertenecientes á diversos Ayuntamientos peruanos en los días de Fernando VI, banderas militares de mérito reconocido. Leamos lo que nos dice la *Gaceta de Colombia* de 4 de setiembre de 1825, acerca de estos objetos: "El Gobierno ha visto con satisfacción en su Sala de Despacho el estandarte de Castilla y los pendones reales de las provincias del Alto Perú, que no recordarán en adelante la época ominosa de la subyugación de su América, sin decir al mismo tiempo á quien los mirare la gloria de la emancipación y las heroicas proezas de los hijos de Colombia en la tierra de los Incas. A estos trofeos acompañan otros no menos dignos del ejército que los envía, á saber: la bandera coronela del regimiento de Burgos, con las armas de esta provincia y las del Cuzco que son un sol con esta inscripción: *civitas solis vocabitur una*. La del batallón de Huamanga, magníficamente bordada de oro y plata. Otra de las de la Cruz de Borgoña con estas inscripciones en sus ángulos: *La batalla de Ayohuma recuperó las provincias del Potosí y Charcas en 14 de noviembre de 1813: lavó la afrenta del Tucumán y Salta en los llanos de Vicapupió: 1º de octubre de 1813*. Las banderas de los batallones 1º y 2º del regimiento de Cazadores de Extremadura, igualmente lujosas que la del batallón Huamanga; y por último los sellos reales, grande y pequeño de la real audiencia y chancillería del Cuzco." [†]

Como se ve, ninguna de estas banderas y pendones se asemeja al estandarte que posee Caracas; y sólo nos falta hablar del que perteneció á San Martín, es decir, el que figuró en la ciudad de Lima, y cotejarlo con el que figuró en la ciudad de Cuzco, que es el que guarda la Municipalidad de Caracas. De este examen re-

* HERRERA—*El Album de Ayacucho*.

† GROOT—*Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*—Vol. III

sultará la época de cada uno y el sello de armas que en cada estandarte sobresale. Departamos.

Hace cerca de un año (abril 10 de 1891), que los restos mortales de F. Pizarro, el Conquistador del Perú, fueron exhumados de la bóveda de la Catedral de Lima y colocados en una de las capillas de la misma Catedral, según disposición oficial. En el *Boletín Municipal*, número 691, correspondiente a julio 25, del mismo año, corren insertos ciertos documentos antiguos, referentes á la fundación y población de Lima, 13 de enero de 1535, el escudo de armas que le concedió Carlos V, etc., etc., en 7 de diciembre de 1537, obsequio que debemos á la bondad de nuestro viejo amigo Don Ricardo Palma. En la cédula de concesión del Sello leemos: "Es nuestra merced y Voluntad que agora y de aqui adelante perpetuamente para siempre jamas, la dicha Ciudad de los Reyes aya y tenga por sus armas conocidas Un escudo encampo azul contres coronas de oro de Reyes, puestas en triangulo, en encima dellas una estrella de oro la cual, cada una de las tres puntas de la dicha estrella toque á las tres coronas, y por orla unas letras de oro que digan *hoc signum Vere Regum est*; en campo colorado, y por timbre y divisa dos aguilas negras de corona de oro de Reyes que se mire la una á la otra, y abrasen una I y una K que son las primeras letras de nuestros nombres propios, y encima destas dichas letras una estrella de oro segun que aqui van figurados y pintadas: las enales dichas armas damos á la dicha ciudad de los Reyes por suyas, y como suyas señaladas y conocidas para agora y para siempre jamas, como dicho es: le damos licencia y facultad para que las traygan y pongan en las ciudades de donde fueren traídas para poner en suspendones, sello y escudos y Vanderas y edificios y en las otras partes y Lugaresque quisieren y por bien tuvieren: y segun y como y de la forma y manera que las traen e ponen en las ciudades destes nuestros Reynos de Castilla, a quien tenemos dadas armas e divisa, etc. (*).....

Este es el sello de armas que figuró en el estandarte que regaló la ciudad de Lima al General San Martín. Este fué el estandarte que en 1537, después de la fundación de Lima, figuró en las fiestas solemnes, tanto civiles como religiosas de la ciudad de los Reyes. La descripción que de tal prenda nos ha dado Don Ricardo Palma que la estudió en los días de la administración de Pezet,

* BOLETÍN MUNICIPAL, número 691—Lima julio 25 de 1891.

concuerdá con lo que hemos copiado de la cédula de concesión. “El pueblo de Lima, —nos dice el ilustrado académico,—dió impropriamente en llamar á ese estandarte la bandera de Pizarro, y sin examen, aceptó que ese fuese el pendón de guerra que los españoles trajeron para la conquista. Y pasando, sin refutarse, de generación en generación, el error se hizo tradicional é histórico.” (*)

Y es tan notable el poder absorbente de la tradición cuando las sostiene el tiempo, que uno de los escritores que figuran en el *Boletín* mencionado, al recomendar la adquisición de ciertas prendas históricas del Conquistador del Perú, indica entre estas el gonfalon tan codiciado y dice: “El estandarte de Pizarro, que fué legado por el General San Martín á la República peruana, según cláusula de su testamento, otorgado en Bolonia el año de 1850; (*sic*) el que fué entregado al Gobierno del General Pezet y sustraído del Ministerio de Relaciones Exteriores en una de las tantas asonadas políticas de aquella época. Este estandarte debe encontrarse en Lima ó en España, lo cual será fácil de adquirir mediando buena remuneración.”

Esta lucha entre la verdad y la falsa tradición la hemos nosotros palpado en Caracas, cuando después de haber probado categóricamente que el famoso corsario Francisco Drake no fué el que saqueó la capital de Losada en 1595, que los franceses no saquearon la misma capital en 1679, y, últimamente, que en el día 5 de julio de 1811, no se firmó acta alguna de nuestra independencia, haya todavía personas que siguen repitiendo tales aseveraciones, que destruye un estudio crítico-filosófico apoyado en documentos verdaderos y no en conjeturas aventuradas.

Queda pues probado, en vista de cuanto dejamos escrito en estas páginas, que el estandarte que legó San Martín á la nación peruana fué el que figuró en la ciudad de los Reyes, después de haber sido fundada en 1537: que los guiones y banderas que envió el General Sucre al Gobierno de Colombia en 1825, y reposan en el Museo de Bogotá, pertenecen, unas al último siglo, y otras á diversos regimientos españoles en el Perú; y por último, que el estandarte regalado á Bolívar por el General Sucre, estandarte que existía cuidado con veneración en la Catedral de Cuzco y en cuyas caras figuran la imagen de Santiago y el sello de Armas de Carlos V, es el verdadero estandarte de Pizarro. Esta reliquia de la conquista castellana en el Perú, la posee la Municipalidad de Caracas.

* PALMA—Tradiciones peruanas.